

andalán

INSTITUTO BIBLIOTECARIO
ARAGON

Periódico quincenal aragonés — N.º 403 — Primera quincena de mayo de 1984 — 150 ptas.



EL BATURRISMO: ¿MITO FRANQUISTA?

ANOVAS: DESENMASCARAR IBERDUERO

EL PARRICIDIO DEL VIEJO EBRO

El baturro: Radiografía de una metamorfosis (1859-1905)



Hablar de baturrismo hoy en día es condenarse a caer en múltiples confusiones. Por una parte, porque existe una conciencia más o menos difundida que tiende a identificar este término con aragonésismo. Por otra, porque aun existiendo detractores que postulan la necesidad de separar ambos conceptos, éstos no han aportado las mínimas pruebas para establecer científicamente las diferencias.

El problema se acentúa acercándonos a las fuentes de trabajo, encontramos en ellas, especialmente a partir de unas determinadas fechas, idéntica confusión. Apoyarse en ellas no es sino caer doblemente en la trampa tendida.

El baturrismo como tema ofrece la posibilidad de una profundización mucho más amplia que la permitida en este artículo. Como fenómeno puramente literario hay que destacar especialmente su larga duración: arrancando de la mitad del siglo XX es reciclado a principios de siglo por una generación que le dota de contenidos a su medida, para, finalmente, tras un período de escasa actividad coincidente con la República y la Guerra Civil, despertar con nuevos bríos en la época del desarrollismo franquista.

Nuestro artículo no pretende sino desvelar algunas de las claves para comprender por qué el baturro y aragonés llegaron a ser términos similares.

Un origen humilde

Que baturro no era igual a aragonés puede probarlo sin más cualquier texto relativamente lejano en el tiempo.

Tampoco la antigüedad de la palabra **baturro** habla mucho en favor de esta igualdad: la primera referencia que por el momento se tiene va unida a la publicación en 1859 del **Diccionario de voces aragonesas**, de Gerónimo Borao. Para el polifacético estudioso y escritor aragonés, «se dice de los jornaleros del campo y gente menos acomodada». Con anterioridad a la mención de Borao, ni siquiera en el **Ensayo de un diccionario aragonés-castellano**, de Manuel Peralta, publicado en 1836, encontramos la mínima referencia. Habrá que esperar, pues, a mediados de la década de los 60 para encontrarnos la palabra con una cierta frecuencia. Y

REACCIONARIO, LO QUE OCURRE ES QUE TENGO UNAS CUANTAS IDEAS MUY CLARAS!!



cuando así sea, siempre irá inmersa en un texto literario y designando a un tipo cómico rústico aragonés.

Palabra y tipo literario se encuentran en estas fechas formando un indisoluble maridaje. No obstante, cabe preguntarnos, ¿existía ya ese tipo acuñado con anterioridad a su unión con la palabra **baturro**? La respuesta es sí. Sí, por supuesto, con algunas correcciones.

Existía ya una tradición común a toda España de paletos y palurdos, lugares presentados cómicamente, que daría tema suficiente para otro artículo. Como antecedentes más directos habría que mencionar, para el caso aragonés, una obra de Bretón de los Herreros que tuvo gran éxito durante la época y que, nos consta, fue regularmente repuesta en las carteleras zaragozanas desde el 2 de abril de 1840, fecha de su estreno en nuestra ciudad. Se trata de **El pelo de la dehesa**. En ella D. Frutos, su protagonista, es presentado por una matriz de rasgos que lo emparentan con su sucesor, el baturro: extremado acento aragonés, vocablos rús-

ticos, salidas chistosas, afición desmedida a la jota, brutalidad, cerrazón, nobleza, etc. Sin embargo, existen todavía unas diferencias de importancia respecto al posterior tipo baturro: D. Frutos pertenece a una familia que, aunque labradores, es acaudalada; su marca exterior no es el traje regional sino una indumentaria no acorde con la moda; su habla, si bien exagerada su entonación al modo local, no presenta las vulgarizaciones propias del baturrismo.

Un paso intermedio hacia la creación del tipo baturro iba a ser, sin duda, una zarzuela de un autor zaragozano, San Juan y Alcocer, titulada **El novio aragonés** y estrenada en nuestra ciudad con gran éxito el 24 de diciembre de 1859. Sirva únicamente para nuestros propósitos señalar cómo la zarzuela tuvo muy presente la citada comedia de Bretón y constituyó una pequeña réplica a ella. Un labrador adinerado aragonés se hace pasar por un rústico personaje para evitar celebrar el matrimonio que le ha sido preparado. Las características de este tipo, al que

en ningún momento se le llama baturro, suponen un paso intermedio entre el palurdo D. Frutos y el baturro próximo a nacer. Como novedades cabe destacar la utilización de un lenguaje vulgar aragonés, una mayor caricaturización de los rasgos del D. Frutos y un mayor protagonismo concedido a la jota. La marca exterior será nuevamente un traje pasado de moda. El hecho de que este falso paleta (labrador adinerado) resulte tener finalmente una exquisita educación, habla en favor del desplazamiento del rústico de la tradición cómica aragonesa hacia clases sociales más bajas. Y este desplazamiento encontrará en la palabra **baturro** su mejor justificación (recorremos, a este respecto, la definición dada por Boraó). Así, cuando la palabra **baturro** aparezca por primera vez en un amplio texto literario, la novela de costumbres aragonesas de Cosme Blasco titulada *Magdalena* (1866), irá asociada a un tipo cómico caracterizado por una sencilla matriz de rasgos: externos de identificación (traje regional), lingüísticos (habla vulgar aragonesa, groserías), de comportamiento (afición por la jota, el vino, la comida) y de carácter (comicidad, brutalidad, bobería, tozudez). En resumen, un verdadero tipo literario en versión aragonesa, similar a los de los sainetes y zarzuelas anteriores en donde la crítica de las costumbres había sido local sustituida por la pintura populista y localista de tipos como el andaluz, el majo, el gitano.

En 1876 se iba a estrenar en Madrid una comedia de Pedro Marquina titulada *El corazón de un baturro*. Allí, su protagonista, el baturro, nos dará una buena definición de la caractereología implícita a la palabra, cuando explique las razones por las que la muchacha que él ama no se aviene a casarse con él:

No soy tan burro
que no entienda lo que pasa.
Tío Antón, ella no se casa
con mí, porque soy baturro.
Bien hace, yo haría igual,
porque tó el mundo diría
que tanto no merecía
este cacho de animal.
Pero no soy el culpaó;
que al criarme de otro modo,
hubí aprendío yo todo
lo que me hubíen enseñao.
Soy bestia; ella tié razón
aunque icirlo me consuma.
El hombre ha e coger la pluma
primero que el azadón. (1)

Esta unión de la palabra **baturro** a un determinado tipo literario no pudo llevarse a efecto sin existir ya de antemano unas connotaciones rústicas en la propia palabra. No es extraño, pues, que el supuesto origen del término apunte hacia *bato*, «tonto», «rústico», a lo que habría que añadir el carácter respectivo del sufijo *-urro* (2).

El baturrismo literario se desarrolla

rá prácticamente sin interrupción a partir de la década de los 60, encontrando en una serie de autores aragoneses sus mejores exponentes: Cosme Blasco, Agustín Peiró y Romualdo Nogués. Baste aquí señalar cómo tras la Exposición de 1885 se haya ya plenamente configurado y sus temas integrados tanto en el ciclo baturro de Cosme Blasco (*La gente de mi tierra* —6 tomos, el primero de ellos publicado en 1887—), como en las dos primeras colecciones de chascarrillos de Nogués (1881 y 1885).

Pero, ¿cuáles iban a ser las causas que iban a convertir al baturro en sinónimo del aragonés?

Las condiciones objetivas estaban ya a principios de siglo.



El Pilar, constante baturra.

El síntoma de una desaparición

A la altura de principios de siglo, la palabra **baturro** encuentra un referente habitual en el campesino aragonés. Así, Eduardo Ibarra, al reseñar en la *Revista de Aragón* la aparición de la novela de López Allué *Capuletos y Montescos*, señala la adecuación entre el joven protagonista masculino, Pablo, y «nuestros baturros» (3).

La ampliación del significado de la palabra **baturro** para denominar propiamente lo regional, esto es, lo aragonés, no pudo haberse llevado a efecto sin un silogismo social muy simple. El mismo Ibarra, en el prólogo a las *Cantas baturras*, de García-Arista, obra publicada en 1901, nos explica muy acertadamente la base teórica de este silogismo:

Por virtud de las transformaciones que a la vida de los pueblos traen los descubrimientos (...) van desapareciendo de las clases sociales los motivos que las separaban, al par que se borran entre individuos de las diversas nacionalidades

las diferencias que las distinguían (...). Quien más se resiste que allí tan sólo reside lo característico de una región, y vengan estos dos factores a unirse, entendiendo que lo regional es lo popular y la síntesis del carácter aragonés, el **baturro** de nuestras campiñas (4).

Que se encontrara en lo popular los valores de lo regional, justifica plenamente el protagonismo adquirido por el labrador (baturro terminológico de la época) en toda la literatura regional aragonesa. Que ello otorgaba una base teórica para la ampliación de lo baturro a lo aragonés, es, sin duda, cierto. Que todo ello no podía haberse dado sin el detonante de una conciencia de desaparición progresiva de lo popular y regional, posibilitada por la incipiente modernización de la región, los atisbos de industrialización y el formidable desarrollo de las comunicaciones es, a todas luces, evidente.

Esta búsqueda de lo popular había comenzado en fechas anteriores al citado prólogo de Ibarra, de la mano de hombres de la importancia de Luis Royo Villanova o Mariano Baselga. El primero de ellos ya había señalado en las páginas de la revista madrileña *Blanco y Negro*, allá por el año 1893, el síntoma de una desaparición:

En Zaragoza no hay baturros.

La boina y la gorrilla de paño ha desterrado de las cabezas el pañuelo de seda rojo y negro, liado en cachero, como los tapabocas catalanes han matado a las mantas de Tarazona, y las blusas de taller al pintarrajeado *ajustador* de los días de fiesta.

Para ver calzones anchos, fajas moradas y alpargatas muelles atadas con cinco metros de hiladillos, hay que aguardar a que en tiempo de fiesta vengan a Zaragoza los matracos de Cinco Villas, los montañeses de Hecho y los baturros ribereños del Jalón (5).

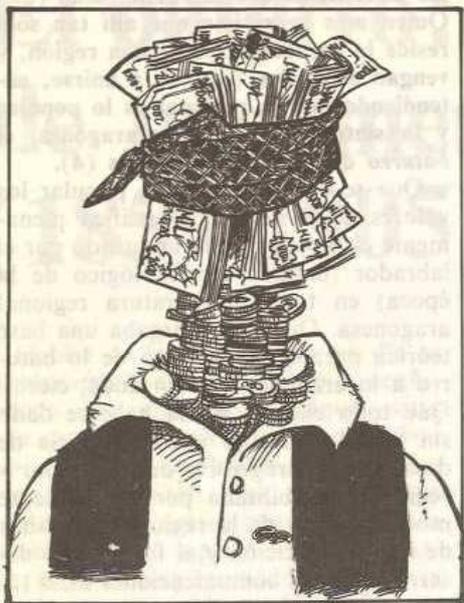
La palabra **baturro** a la altura de principios de siglo, además de designar en sentido general al labrador aragonés, remitía a un campesino prototípico cuyo rasgo externo, el traje regional, al igual que costumbres y tradiciones, se hallaba en peligro real de desaparición.

Sin embargo, la identificación entre baturro y aragonés no fue posible sin un fenómeno curioso pero muy fácil de entender: la extensión de la palabra **baturro** necesariamente tenía que abarcar a todos los integrantes de la comunidad regional, incluyendo los propios burgueses.

¿Había algo más detrás de esa nostálgica conciencia de desaparición del baturro y las tradiciones?

En busca del baturro perdido

Un hombre que habría de participar en la segunda *Revista de Aragón* (1900-



1905), Francisco Aguado Arnal, era el encargado de realizar un intermedio a los Cuentos baturros de Alberto Casañal en la primera edición de 1898. El prólogo iba a correr a cargo de Mariano Baselga y el epílogo iba firmado por Luis Royo. El intermedio de Aguado Arnal, fechado en septiembre del mismo año, nos cuenta, siguiendo la técnica convencional del viaje a la aldea, la experiencia de viajero que ha vivido. El artículo bien podría estructurarse en cinco partes. La primera correspondería a la motivación del viaje:

Corto, pero bien aprovechado, fue el tiempo que permanecí en la comarca de Cinco Villas, una de las más famosas de Aragón por ser común sentir el que en ella se conservan con pureza inmaculada las singularísimas cualidades que en el transcurso de los siglos se han atribuido a los hijos del viejo y glorioso reino.

Harto de observar en Zaragoza los progresos de esa irritante ola igualitaria que borra a su paso los riesgos típicos y el aspecto peculiar de pueblos, regiones y estados, fundiéndolo todo en esa monótona unidad... (6).

La segunda muy bien podría encuadrarse bajo el epígrafe «lo que esperaba encontrar»:

Pisé regocijado esa parte de la tierra aragonesa en la que no esperaba encontrar cabeza sin pañuelo, cintura sin faja, pierna sin calzón corto, pie sin alpargatas, corazón sin arranques nobles y cerebro sin sentido práctico (...). Buscaba mi hombre, el aragonés por fuera y por dentro, de habla y modales rudos, pero discreto y respetuoso en el fondo; gracioso sin pretenderlo, porque es una innata agudeza la que inspira sus palabras y sus actos; franco hasta la exageración porque su temperamento rechaza enérgicamente cuanto trasciende a hipocresía; dotado de un delicadísimo tacto para distinguir lo simplemente provechoso de lo marcadamente egoísta, fuerte, sobrio, honrado (7).

Hasta aquí, la exposición de Francisco Aguado no es sino un dato más que confirma la búsqueda de las costumbres aragonesas y del tipo que es su depositario. Sin embargo, no dejan de resultar interesantes las relaciones que se establecen entre lo externo —campesino portador de un traje tradicional— y lo interno —valores propios de una raza—. De ahí, al mantener esta correspondencia, un fácil silogismo se desprende de todo ello: si lo externo está en proceso de degeneración, no es menos cierto que también lo interno se resiente de las transformaciones de los nuevos tiempos.

Francisco Aguado no puede ser más claro en este sentido. Su viaje a las Cinco Villas, verdadero paradigma de ese viaje simbólico hacia lo popular de tantos escritores aragoneses de la época, sufrirá la decepción de la realidad al comprobar cómo con el traje y las tradiciones se están perdiendo también los valores aragoneses implícitos al carácter baturro:

¡La vida de la aldea! ¡Bonita vida! Todas las malas pasiones desatadas, todas las buenas costumbres en el olvido: rencores, odios, envidias, engaños. Y no es la ronda regocijado y bullicioso homenaje a la belleza y al amor, es la horda que vocifera las aviesas inclinaciones fomentadas por estériles luchas electorales o por una sistemática animadversión de los de abajo a los de arriba, de los dirigidos contra los directores; ya no son las pasiones nobles y levantadas las que ciegan a los temperamentos exaltados, son los vapores del vino y el vaho de la taberna los que arman la mano del pendenciero para que hiera con artes de rufián.

¡Terrible decepción! (8).

¿No había hablado ya Vicente de la Fuente en 1840 del salvajismo de las rondas, que frecuentemente acababan en enfrentamientos brutales? ¿De qué ronda estaba hablando Francisco Aguado?

Lo importante del intermedio del citado autor es que ya nos está remitiendo a un paraíso perdido que en realidad nunca había existido, confirmando plenamente el proceso de idealización del baturro y de lo popular. Pero un baturro que prácticamente ya no existe en la realidad, porque el campesino real está en vías de degeneración.

Requiem por un campesino aragonés

Unos años antes de la publicación de los Cuentos baturros de Casañal, en el que aparecía el intermedio de Aguado Arnal al que más tarde volveremos, exactamente en 1896, la revista El Pilar publicaba una «Carta de despedida» obra de un tal Bristán. Dirigida al baturro genérico —«Mi querido Baturro:

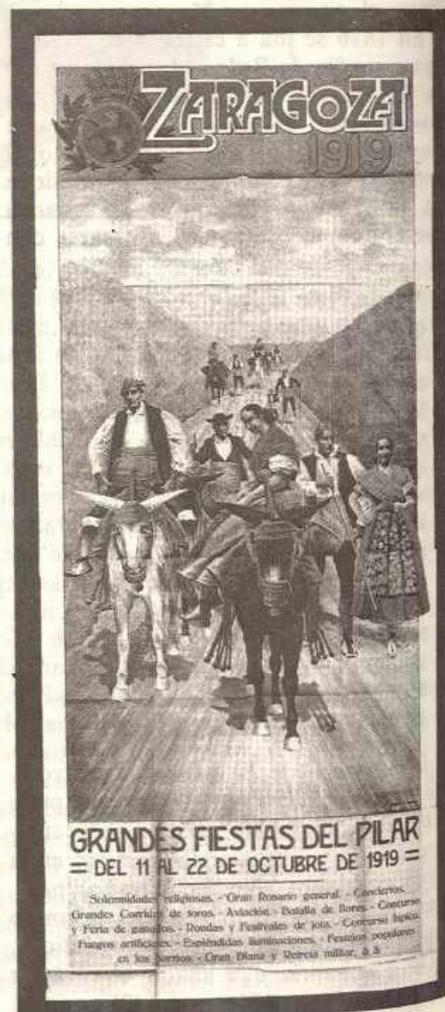
tomo la pluma para despedirme de ti con un adiós triste, pero irrevocable»—, su autor expresa condolido las razones de la muerte de aquél:

Te has vuelto calculador y egoísta como el siglo en que vives: has perdido casi la fe y en lugar del Dios grande y fuerte que a tal altura te levantó, te has rodeado de una porción de dioses más pequeños, mucho más pequeños que tú, por los cuales no serás capaz de hacer ni el sacrificio de una copa de aguariente.

¡Pobre Baturro!, no te olvidaré jamás, y pediré a Dios para que resucites pronto y salgas del sepulcro en donde te encerraron las doctrinas modernas que te hicieron indiferente; obligándote a discutir si debías o no amar a tu padre Jesús y a tu madre la Virgen del Pilar, cosas que para ti debieron haber estado siempre fuera de toda discusión.

Por eso has muerto, querido Baturro, y has muerto sin sucesión, porque los que pretendían heredarte no son ni siquiera parientes tuyos: por otra parte tu patrimonio no puede heredarlo nadie, porque no se heredan las virtudes. Ese patrimonio bajará contigo al sepulcro, no temas que le pudra la piedra.

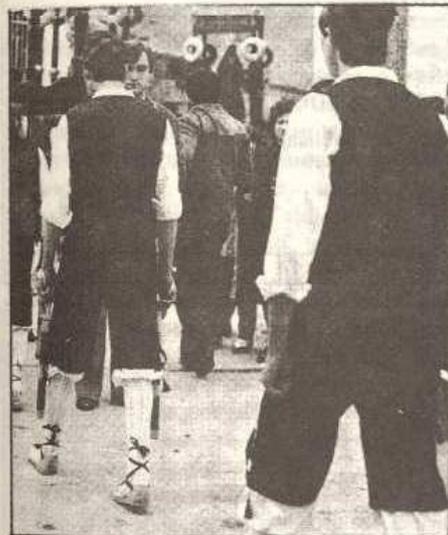
No tengas celos de mí, el llamado Baturro moderno y cuya fisonomía está caracterizada por una palabra brutal o una blasfemia impía, ése, tenlo entendido, jamás tendrá mis amores; y en tan-



Baturrismo oficial hasta hasta en los carteles

to dure esta manera fría e indiferente que tienen de ser los pueblos, yo procuraré vivir en el pasado, consolando mi corazón de las impurezas de hoy con los santos y puros recuerdos de ayer (9).

Los dos testimonios, el de Bristán y el de Aguado Arnal, pueden servir de modelo para explicar por sí solos qué tipo de valores supuestamente tenidos por aragoneses estaban en proceso de degeneración en el baturro contemporáneo. No resulta imprevisible que una revista como *El Pilar* focalizara su atención en aspectos religiosos, además como soporte que era de la militancia católico-conservadora. El testimonio de Francisco Aguado no le va a la zaga en este sentido, a pesar de que su centro de atención radica en lo social («sistemática animadversión de los de abajo a los de arriba», luchas electorales y violencia latente en el campesinado). Ambos se complementan y sus visiones de lo religioso y lo social se engloban en una misma visión conservadora, y en



ellas se manifiesta el miedo a unas clases bajas problemáticas que empiezan a dejarse seducir por «extrañas» y «heterodoxas» teorías. Y como consecuencia: la idealización del pasado y la búsqueda de un baturro perdido.

Sin embargo, todavía queda por aclarar una pregunta: ¿cómo fue posible que lo aragonés se fundamentara en los valores de un baturro perdido y eso sirviera, además, de identificación a todos los aragoneses? Este paso exigía, pues, obligatoriamente un puente, y éste no fue otro que la propia burguesía regional conservadora.

Volver a empezar

La muerte física y espiritual del baturro era, amén de una manifestación fuera de toda duda de la desconfianza hacia una clase social que empezaba a despertar, principalmente un procedimiento retórico. Y lo era así como me-

dio de utilización de un cambio profundo en la visión de lo regional.

Francisco Aguado, con hondo pesar tras su estancia en Cinco Villas y no hallar al baturro verdadero entre la clase campesina, iba a descubrir, en el citado intermedio, al verdadero depositario de los valores aragoneses:

Por aquellos días me anunciaba Alberto Casañal la publicación de sus *Cuentos baturros*, en el que entre chanzas y veras ha pintado con singular acierto el tipo aragonés que yo buscaba.

Por aquellos días también, y cuando me disponía a ocupar mi asiento en la desvencijada y crujiente diligencia que había de conducirme a la estación de Gallur para regresar a Zaragoza, recogí la impresión más grata de mi excursión por aquella tierra.

En la puerta de una casa que sin perder nada de sabor rural presentaba rasgos de morada cómoda y hasta elegante, divisé un grupo de personas que con su aspecto, vestido y maneras delataban estar más habituadas a la vida de las grandes poblaciones que a la del campo.

Reconocí en aquel grupo a una familia acaudalada de Zaragoza que prefería pasar los rigores del verano en sus posesiones de Aragón, en íntimo contacto con la gente de la tierra, a respirar las brisas marítimas en la playa de moda.

Al observador menos perspicaz no se le hubieran escapado notas, minucias y detalles por los que coligiera que en los individuos de aquella familia zaragozana existían muchas cualidades de las que integran la tradicional manera de ser aragonesa (...)

Allí, en aquellos vivos ejemplos de lo que han sido y deben ser los aragoneses, encontrarían nuestros baturros mucho que aprender para recuperar lo perdido (10).

La propuesta del articulista se efectúa a dos bandas a dos bandas: una a nivel literario y otra a nivel social. Si en el primer caso es en el modelo de baturrismo propuesto por Alberto Casañal, en el segundo es en una determinada clase social, la burguesía zaragozana regionalista. Resulta muy fácil descubrir a estos nuevos portadores de los valores aragoneses con sólo acudir dos años más tarde a una publicación que recogería muchos de sus nombres, la segunda *Revista de Aragón*.

Que esta burguesía de calzón corto se irrigió en la representante de los valores aragoneses, baturros según ellos, puede muy bien ilustrarlo la propia ampliación del campo de la palabra. Restringida hasta entonces a la designación del campesino aragonés y más estrictamente al portador del traje regional, la palabra hubo de popularizarse entre algunos de estos hombres, quienes no sintieron el menor pudor en denominarse de esta manera. Así, en la crónica literaria de la citada revista (febrero, 1903), al comunicar la noticia de la aparición de *Más baturradas*, se de-

nominará a su autor A. Casañal «poeta baturro». Un año más tarde (abril, 1904), G. García-Arista escribe una carta dirigida a Eduardo Ibarra con motivo de la aparición de la novela de Turmo Baselga, *Miguelón*. El encabezamiento es el siguiente: «Mi viejo amigo, joven director y baturro honorario». Incluso un tema tan espinoso como el de las azucareras, un anónimo y culto lector firmará como «Un baturro» en un artículo titulado «Estado actual de la insutria azucarera en España» (marzo, abril y mayo, 1905).

La extensión de la palabra fue también el síntoma de la definitiva transposición del tipo baturro a la caractereología aragonesa. Y en ello se vieron implicados los cultivadores del baturrismo literario, cuyo enorme éxito se haría patente por multitud de canales: teatro, libros, cine, periódicos, etc.

Sería, sin embargo, un error tener por baturra a toda la literatura regional de aquellos años por el simple hecho de dar protagonismo al labrador o incluso a este baturro perdido. Si fuera parte de ella respondió a una misma visión, no es menos cierto que baturrismo en sentido estricto sólo hicieron aquellos que siguieron files al modelo literario consagrado por los Cosme Blasco, los Nogués, esto es, Casañal, Celorrio, Gascón, Castro Les, Caireles y una larga lista de ellos. Sin embargo ambas, baturra y neocostumbrista aragonesa, se implicaron mutuamente, como puede probarlo el que autores como López Allué, Blas y Ubide o García-Arista, cultivaran ambos modelos y las nóminas de estas literaturas regionales estuvieran conviviendo en las mismas revistas. Pero eso ya es otra historia.

Hasta aquí el proceso de metamorfosis de un tipo, cuyo punto final no es sino ejemplo de un ciclo que se cierra, aun cuando todo sea un volver a empezar cuyo sentido siempre es el mismo: la perpetuación de unos valores tenidos por aragoneses.

JOSE MARIA CLAVER ESTEBAN

(1) Pedro Marquina, *El corazón de un baturro*, Madrid, 1876.

(2) Etimología apuntada por Joan Corominas en su *Diccionario etimológico*.

(3) E. Ibarra, «Un nuevo novelista aragonés», *Revista de Aragón*, diciembre, 1900, p. 373.

(4) E. Ibarra, prólogo a G. García-Arista, *Cantas baturras*, Zaragoza, Manuel Sevilla, 1901, pp. 7-8.

(5) Artículo publicado en *Blanco y Negro* (14-X-1893) e incluido en Luis Royo Villanova, *Manchas de tinta*, Madrid, Ed. Beragua, 1935, p. 300.

(6) Intermedio de Francisco Aguado Arnal en A. Casañal, *Cuentos baturros*, Zaragoza, Agustín Allué, 2.ª ed., 1900, pp. 98-99.

(7) *Ibidem.*, p. 99.

(8) *Ibidem.*, p. 100.

(9) Bristán, «Carta de despedida», *El Pilar* (12-X-1896). El subrayado es nuestro.

(10) Francisco Aguado, op. cit., pp. 100-101.